

1412

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

BUEN PADRE

Y MEJOR HIJO,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EDUARDO GUILLEN.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1878.

BUEN PADRE Y MEJOR HIJO.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

BUEN PADRE Y MEJOR HIJO.

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EDUARDO GUILLEN.

Representada por primera vez con extraordinario aplauso en el Teatro
MARTIN la noche del 13 de Febrero de 1878.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1878.

PERSONAJES.

ACTORES.

R0SA.....	STAS. AMIGÓ.
MARIQUITA.....	VALERO.
DON PEDRO.....	SRES. APARICIO.
JULIAN.....	COSTA.

Esta obra es propiedad de D. Eduardo Hidalgo, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A DON FEDERICO DE ARIAS.

En prueba de fraternal cariño,

El Autor.

~~618185~~

668606

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

ACTO ÚNICO.

Gabinete lujoso. Á un lado un velador ó mesita sobre la que habrá recado de escribir y varios libros de cuentas.

ESCENA PRIMERA.

ROSA sentada, D. PEDRO entrando.

PEDRO. Á los piés de usted, Rosita...

ROSA. Felices, amigo mio...

Tome usted asiento...

PEDRO. (Se sienta.) Gracias.

Con razon habrá usted dicho
que me olvidaba...

ROSA. No tal...

PEDRO. Pero hasta ayer no he podido
encontrar cuartos.

(La entrega unos billetes de Banco.)

ROSA. Corriente...

PEDRO. Mañana...

ROSA. No necesito...

PEDRO. Habrá dinero abundante
si paga los inquilinos...
Y ahora si usted quiere...

ROSA. Qué?...

PEDRO. (Mostrando unos papeles.)
Molestarse, la suplico

- que vea las cuentas...
- ROSA. No...
- PEDRO. Por favor...
- ROSA. Si yo confío
en usted...
- PEDRO. Pero, señora...
- ROSA. Que estoy conforme repito.
- PEDRO. Van ya para cuatro años
que sus fincas administro,
y siempre al rendirle cuentas
me contesta usted lo mismo;
y francamente, yo siento...
- ROSA. Vaya, no sea usted niño...
(Toma los papeles y los deja sobre la mesa.)
Señor don Pedro?...
- PEDRO. Señora?...
- ROSA. ¿Está bien este vestido?...
- PEDRO. Precioso y muy elegante.
- ROSA. ¿De veras?
- PEDRO. Es muy bonito.
- ROSA. Mas en una viuda.
- PEDRO. Bah!
- ROSA. Lo criticarán, de fijo.
- PEDRO. Yo tambien soy viudo y voy...
- ROSA. En ustedes es distinto.
Luégo, ayer por la mañana
los treinta y seis he cumplido.
Y yo ántes de ayer ¡cuarenta!
- PEDRO. Pero usted parece un chico.
- PEDRO. Y usted una polluela.
- ROSA. Vieja.
- PEDRO. Una polluela con juicio.
- ROSA. Muchas gracias.
- PEDRO. Sí, Rosita;
tal vez halle usted marido
ántes que la niña.
- ROSA. Nunca;
ni por casarme suspiro.
- PEDRO. ¿De veras?
- ROSA. Sí. Y que primero
es mi hija.
- PEDRO. Concedido;

quiere decir que despues...

ROSA. No señor, amigo mio.

PEDRO. Dispéñseme usted que lo dude.

ROSA. ¿Pero usted en mí, qué ha visto?

PEDRO. Esa tristeza continúa,
esos profundos suspiros
que nacen del alma, dicen
que necesita cariño;
que hay en ese corazon,
á no dudar, un vacío,
que ama en silencio y que sufre
por no ser correspondido.

ROSA. (¡Dice bien!)

PEDRO. (Retirándose un poco.) (Cuidado, Pedro.)

ROSA. Es usted un adivino.

PEDRO. Hermosa, jóven y rica,
aun al hombre de más juicio
tiene usted que hacer sentir
una pasion como á un niño.
—(Que se escurre usted, don Pedro.)

ROSA. Está bien. Ahora es preciso
que adivine usted quién es
el triste?...

PEDRO. El favorecido?

ROSA. No por cierto.

PEDRO. Pues... Lo ignoro.

ROSA. Pero siendo usted tan listo!...

PEDRO. Mas espero con el tiempo
adivinarlo.

ROSA. Confío
que me lo dirá usted.

PEDRO. Sí.

ROSA. (Nunca se escurre el maldito.)
Pero diga usted?

PEDRO. Señora?...

ROSA. ¿Vive usted feliz, tranquilo?

PEDRO. Como todo hombre de bien.

ROSA. Sí; mas un viudo, y sin hijos...

PEDRO. ¡Ay, Rosita! Mi Mercedes,
la pobre me dejó un niño.

ROSA. ¿Y se murió?

PEDRO. No señora.

Me le robaron.

ROSA. Dios mio!

PEDRO. Es verdad; como yo entónces
era tambien otro chico,
algun pariente sin duda.

ROSA. Bien, pero debió decirlo,
y á su padre sobre todo.

PEDRO. Qué quiere usted? no lo dijo.

ROSA. Qué picardía?

PEDRO. Ya, ya.

ROSA. ¿Y era guapo?

PEDRO. Muy bonito!

Y se parecería á mí.

ROSA. ¡Hombre! ¿De veras?

PEDRO. (¿Qué he dicho?)

ROSA. Si vive será ya un hombre.

PEDRO. Ya lo creo.

ROSA. ¿Y usted, amigo,
no averigua?...

PEDRO. No señora,
que sé que es tiempo perdido.

ROSA. Y segun parece ni él?...

¡Vaya un jóven!

PEDRO. Pobre chico.

ROSA. Vamos, parece imposible.

¡Y que esté usted tan tranquilo!

PEDRO. (Como que es mentira.) Sí.

Cuando la suerte lo quiso
convendría.

ROSA. Calle usted!

PEDRO. Pero en el cielo confío
que algun dia...

ROSA. Quién lo duda?

Y me alegraré infinito.

PEDRO. ¡Qué buena es usted!

ROSA. Deseo
siempre el bien á mis amigos,

ESCENA II.

DICHOS, MARIQUITA, con sombrero puesto y uno en la mano que entrega á Rosa.

MARIQ. Mamita, cuando usted quiera.

ROSA. Sí, sí, hija mia, al instante.

(Dirígese á uno de los espejos para colocarse el sombrero.)

MARIQ. ¡Ay, don Pedro! (Le da la mano.)

PEDRO. Qué elegante!

¡qué graciosa y qué hechicera!

MARIQ. Siempre de tan buen humor.

PEDRO. ¿Y quién ese rostro al ver
no siente al punto en placer
trasformarse su dolor?

¿Y quién será el que no rinda
culto al ángel que así viene?

MARIQ. Ni la primavera tiene...

PEDRO. Como usted una flor tan linda.

(Rosa se interpone.)

Hoy los pollos en su arrullo

dirán con voz amorosa:

«Es natural que á tal... rosa,
acompañe tal capullo.»

MARIQ. Gracias por tantas mercedes.

PEDRO. Es justicia que yo ufano...

ROSA. Vaya, beso á usted la mano.

PEDRO. Estoy á los piés de ustedes.

ESCENA III.

D. PEDRO.

Dirígese á la mesa y anda en los libros.

¡Qué guapas son y qué amables!

Y sobre todo, ¡qué ricas!

La mamá me gusta mucho,

¡qué digo? también la hija.

Pero como ya de viudo

me he acostumbrado á la vida,
otra vez casarme, vamos,
se me hace cuesta arriba. (Pausa.)
Nada, nada, lo mejor
que enamore á Mariquita
mi Julian, él es muy listo
y este cura le predica.
Y se casarán. Despues
con frases tiernas y finas
entretengo á Doña Rosa
y así se pasa la vida.
Mas si don Julian no quiere
ó no le gusta á la niña,
entónces, señor don Pedro,
vaya usted á la Vicaría,
porque puede acontecer
el que se lleve algun *quidam*
rentas y administracion
con la mamá ó con la hija.
(Julian en el dintel de la puerta del foro.)
Como alguno me escuchára,
¡valiente tuno! diría.

ESCENA IV.

D. PEDRO y JULIAN.

- JULIAN. Pero si ya lo sabía
es fácil que se callára.
- PEDRO. ¡Adios, Julian, hijo mio!
¿Y por Granada, qué tal? (Le abraza.)
- JULIAN. Lo que es allí siempre igual.
- PEDRO. ¿Y cómo dejas al tio?
- JULIAN. De salud perfectamente
y en extremo tan contento,
que quizá en este momento
el pobre esté ya demente.
- PEDRO. ¡Hombre, qué le ha sucedido
para volverse así loco?
- JULIAN. ¿Pues le parece á usted poco
el que yo me haya venido?...
- PEDRO. Con eso das á entender
que eres un pillo de playa.

Mas ya te pondré yo á raya.

JULIAN. Es lo que debe usted hacer.

PEDRO. ¿Llegaste?...

JULIAN. Á las diez del dia.

PEDRO. ¿Y estuviste en casa?

JULIAN. Sí.

Y me dijeron que aquí
de fijo le encontraría.

PEDRO. Siempre.

JULIAN. Está usted empleado?

PEDRO. Hijo, la suerte me ayuda,
soy de una señora viuda...

JULIAN. Santo Dios!

PEDRO. (Rápido.) Apoderado.

JULIAN. Pues yo siempre un holgazán:
mas ya se ve, sin carrera...

¡Ay, si mi madre viviera...

PEDRO. Ya miré por tí, Julian.

JULIAN. De veras?

PEDRO. Pues ya lo creo.

Probaré que sé quererte

JULIAN. ¿Conque por fin haré suerte?

PEDRO. Oh! la mayor te deseo.

Y á no dudar lo será

si sabes aprovecharte...

JULIAN. Diga usted?

PEDRO. Voy á casarte.

JULIAN. (Echando á correr.)

Hasta la vista, papá.

PEDRO. (Abrazándole.) Chico, que saldrás de apuros
si tu buen arte la atrapa.

JULIAN. Pero, si será?...

PEDRO. Muy guapa!

JULIAN. Ó tendrá?...

PEDRO. ¡Treinta mil duros!

JULIAN. ¡Virgen santa! (Cayendo en una butaca.)

PEDRO. Julianito...

JULIAN. ¡Jesús, y qué escopetazo!

PEDRO. ¿Qué te parece?

JULIAN. Un abrazo!

PEDRO. Si, pichón!

JULIAN. ¡Ay, papaito! (Se abrazan.)

- PEDRO. Es hija de esta señora,
y se llama Mariquita,
muy juiciosa, muy bonita;
¡y una gracia!... que enamora!
Su madre roba la calma
y en cualquier pecho hace mella;
¡qué jóven aún! ¡qué bella!
¡qué sentimientos! ¡qué alma!
¡Ay! en virtud son las dos
como en hermosura iguales.
¡Dos ángeles celestiales
que en la tierra puso Dios!
- JULIAN. Todo lo comprendo, padre,
pues fácilmente se explica,
yo me caso con la chica
y usted despues con la madre.
- PEDRO. No por cierto; con ninguna,
y casarse es lo mejor;
pero no sintiendo amor
ni deseando fortuna...
- JULIAN. Pues me deja usted parado
y no lo hubiera creído.
- PEDRO. Ya está el corazon dormido
y aquel tiempo se ha pasado.
¿Y qué de mí se diría
al verme tras la belleza?
Con tu edad y gentileza
acaso me atrevería...
- JULIAN. Pero si está usted muy guapo
y aún jóven. Vaya, confío.
- PEDRO. Mira, Julian, hijo mio,
que vas á ganarte un *lapo*.
- JULIAN. (Cuadrándose delante de D. Pedro.)
Y yo, ¿qué tal?
- PEDRO. Á pesar
de no vivir en la córte,
tan distinguido es tu porte
que espero le has de gustar.
- JULIAN. Bien. Y ya estoy impaciente.
- PEDRO. Pero que calles te exijo
que tú eres, Julian, mi hijo...
- JULIAN. Ya comprendo.

PEDRO.

Ni pariente.

—Mucha diplomacia, chico.

—Ah! no me llames de usted,
ni don Pedro.

JULIAN.

Qué diré?

PEDRO.

Perico, solo Perico.

Con tu apellido segundo
les diré: «Este caballero
es mi amigo verdadero
y el hombre mejor del mundo.»

Mira que la madre es lista,
no hagas una extravagancia,
solo te das la importancia
que se da un capitalista.

JULIAN.

¿Seré con rigor tratado
cuando se descubra el fin?

PEDRO.

¿Has visto tú á un serafín
alguna vez enfadado?

—Lo que sí estará indecisa
si aplaudiré ó no tu arte;

¡pero lo que es perdonarte!

—con la más dulce sonrisa!—

JULIAN.

Bien! Perico.

PEDRO.

Tunante!...

¿Y de *capa*, cómo estás?

JULIAN.

No entiendo...

PEDRO.

Que si sabrás

hacer el papel de amante.

JULIAN.

¡Ay padre, con la mujer

fuí siempre tan cobardon.

PEDRO.

Vaya: escucha una lección

de mi primo el brigadier.

—Toda mujer, buen amigo,
el enemigo es del hombre,

cuanto más bella, aunque asombre,
es más temible enemigo:

así que para triunfar
de su mágico poder

se necesita saber

todo un *arte militar*.

—Se empieza por la sencilla

mirada que vá al rubor,

que en la batalla de amor
es el *fuego de guerrilla*.
Después cuando la pasión
á su rostro á asomar llega,
la *guerrilla* se repliega
y el fuego es á *discreción*.
Notando que sus miradas
de amor son ya y sus acentos;
¡vayan frases! ¡juramentos!
como *descargas cerradas*.
—Mas si en tu pecho un taladro
quiere hacer para burlarse,
entonces sin azorarse
al punto se forma el *cuadro*;
y si fuese tan taimada
que se empeña en abrir brecha,
por la izquierda ó la derecha
marche el cuadro en retirada.

—Hasta que la suerte quiera.

—Recoge tus tropas fieles,
que si no bien con laureles
¡va incólume la *bandera*!

Mira que el hombre venciendo
la deja de amor herida,
mas si de ella es la partida
se queda siempre riendo.

Esto lo dice uno ducho

—que no es hijo del capricho—
así no olvides lo dicho,
que puede valerte mucho.

JULIAN. Yo me enamoré una vez,
y como ignoraba eso,
comencé por darla un beso
con la mayor timidez.

PEDRO. (Dando unos pasos hácia atrás.)
(Digo! ¿Quién comienza así
para qué me escuchará?)

JULIAN. Ella dió un suspiro.

PEDRO. Ya.

JULIAN. Y era tan hermosa!

PEDRO. Sí.

(Se está burlando el bribon.)

JULIAN. Vaya, continúe el arte.
PEDRO. Sólo me resta contarte
el cuento del gorrion.
—Un gorrion volandero
á su buen padre lloraba
porque nunca le dejaba
que fuese solo al granero.
Por fin le dijo: «Inocente,
huye si quieres del nido,
mas no lances al olvido
esta advertencia prudente.
Si llegas á un chico á ver
dirigir su mano al suelo,
hijo mio, ¡tiende el vuelo,
que una piedra va á coger!...»
A lo que él contestó ufano
moviendo con gracia el pico,
«está bien; pero ¿y si el chico
la trae oculta en la mano?...»
Absorto el padre quedó,
y llegándole á abrazar
le dijo: «¡Puedes volar,
porque sabes más que yo!...»
(Le hace una caricia y váse. Pausa.)

ESCENA V.

JULIAN.

¿Quién se resiste ó desprecia
tan excelente partido?
que á cabo treinta mil duros
á cualquiera le hacen rico,
y una bella y virtuosa
el más dichoso marido...
—¿Pero si será todo esto
alguna broma, algun lio?...
En fin, yo debo enterarme
al instante y con sigilo,
y si la plaza conviene
pronto se la pone sitio;
que si sé vencer ó no

ya verá usted, padre mio.

(Mirando por la puerta del foro.)

Mas siento pasos... Son ellas...

Huyamos por si hay peligro.

(Váse por una de las puertas del foro.)

ESCENA VI.

ROSA y MARIQUITA por la otra puerta del foro. Rosa se sienta.

MARIQ. ¿Vienes cansada, mamá?

ROSA. Lo que vengo es aburrida.

MARIQ. Y yo triste.

ROSA. Tú ¿por qué?

MARIQ. Pues por nada...

ROSA. Mariquita,
no me engañes.

MARIQ. No, señora.

ROSA. ¿Si quieres que te lo diga?
Verás como...

MARIQ. Pero...

ROSA. Escucha.

MARIQ. (De seguro lo adivina.)

ROSA. Este verano pasado,
en Granada con tus primas
hemos estado tres meses,
que no son un par de dias.
Nos venimos, y con pena
vi bien pronto, Mariquita,
que tu calma allí quedó
y con ella tu alegría,
¿Dí si no es verdad?

MARIQ. Mamá...

ROSA. Fácilmente se adivina,
que amante y correspondida
tuvo en Granada la niña...

MARIQ. ¿Pero quién?...

ROSA. Aquel amigo
que visitaba á tus primas.

MARIQ. Pues no...

ROSA. ¿Cómo se llamaba?

Ah... Julian.—Tu sonrisa
me dice muy claro, que
le quieres y no le olvidas.

MARIQ. Yo?...

ROSA. Y no me extraña, era un jóven
que francamente valía.
Muy zalamero...

MARIQ. (Y muy pillo.)

ROSA. Tambien á tu prima Luisa
le gustaba.

MARIQ. (Con enfado.) Ya lo sé.

ROSA. No te enfadas...

MARIQ. La primita
me daba cada disgusto...

ROSA. Hola!...

MARIQ. Mas no la quería.

ROSA. Pero tal vez hoy...

MARIQ. Quizá!...

ROSA. Por si acaso debes, hija,
completamente olvidarle.
Eres jóven, guapa, rica,
y por tanto no será
difícil que el mejor dia
hasta aquí llegue algun jóven
que con frase conmovida
le oigamos decir: «¡Señora,
yo vengo por Mariquita...»

MARIQ. Y llevará calabazas.

ROSA. No siendo persona digna...

MARIQ. Aunque lo sea..

ROSA. Qué dices?

MARIQ. Sí señora...

ROSA. Desatinas.

MARIQ. Yo solo quiero á Julian,
por él mi pecho suspira,
no lo extrañe usted, pues nunca
el primer amor se olvida.

ROSA. ¿Te declaró su pasion?

¿Te juró que te amaría?

MARIQ. Si es de los que nada dicen.

ROSA. ¿Es de los de miraditas
dulces, tiernas y...

MARIQ. (Con sentimiento.) De aquellos
que cayendo de rodillas
con un profundo suspiro
toda una pasion explican:
que conmueven sin hablar
y sin cadenas cautivan...
Así es Julian, y sin él
todo me aburre, me hastía;
mas su recuerdo me alegra
y una esperenza me anima.
¡Mientras sufrir es mi sino,
á pesar de que me envidian
creyendo al fausto, ventura,
y felicidad ser rica!
Cuando tanto y más yo diera
por verme toda la vida
¡dueña de su corazon
y en tus brazos, madre mia! (Se abrazan.)

ESCENA VII.

DICHAS y JULIAN.

JULIAN. Señoras?...

MARIQ. (El es, ¡Dios mio!)

ROSA. Pero que veo!... Julian?

JULIAN. (No me engañaron, son ellas.)

Usted me dispensará...

ROSA. Yo ¿por qué?...

JULIAN. Porque á su casa
me tomé la libertad...

ROSA. Eso me prueba, amiguito,
que llegó usted á olvidar
que se le ofreció en Granada.
Digo, me parece...

JULIAN. Mas...

ROSA. Pero tome usted asiento.

JULIAN. Gracias. (Siéntase y al lado de Rosa.)

MARIQ. Y mis primas!

JULIAN. Tan

buenas y tan contentas.

—Y por esta capital?

ROSA. Perfectamente...

JULIAN. (À Mariquita.) Ya usted
habrá olvidado quizá
aquellos ratitos?...

MARIQ. Nunca!
Usted, tal vez sí?...

JULIAN. Jamás!
¿Recuerda usted aquella tarde
que como un chiquillo igual,
tras de una blanca paloma
fuí corriendo hasta llegar?...

MARIQ. Sí. ¡Y qué modo de correr!

JULIAN. Pues ella volaba más.

MARIQ. Como que iba perseguida.

JULIAN. Pero la llegué á alcanzar.

ROSA. En siendo ligero y listo...

JULIAN. (Aun así tantas se van...)

MARIQ. Ya es usted buen cazador...

ROSA. De veras?...

MARIQ. Sí.

JULIAN. Regular.

ROSA. Vaya; Mariquita, lleva
de aquí estos sombreros.

MARIQ. (Ya.
Eso es decirme que largo.)

JULIAN. (Tengamos serenidad.)

ROSA. Y los guardas, eh?

MARIQ. (Sin moverse.) Corriente.

ROSA. Vamos, niña.

MARIQ. Voy, mamá.

(Coge los sombreros que cuando vinieron se quitaron y dejaron sobre la mesa y váse.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ménos MARIQUITA.

ROSA. ¿Conque por cuanto se viene?

JULIAN. Por unos dias no más.

Como ya mi pobre tío
es tan anciano y está
de salud tan delicado,

me tengo yo que encargar
de sus negocios.

ROSA. Muy bien.

JULIAN. Si señora.

ROSA. Y qué, Julian,
le quiere á usted mucho?

JULIAN. Mucho,
lo mismo que á un hijo, igual.

ROSA. ¿Y será usted su heredero?

JULIAN. Sí por cierto, que hizo ya
el testamento y me nombra
único y universal.

Ya se vé, como soy pobre!
—que esta al fin es la verdad.—

ROSA. No es deshonra.

JULIAN. No señora;

pero sí desgracia, á más
huérfanito. Siempre dice:
«todo para mi Julian.»

Sí.

ROSA. Qué buen señor.

JULIAN. Y el día

que se sirva decretar
la Providencia que herede,
mi régimen variará.

Porque me vendré á la córte...

ROSA. Como rico ya á triunfar.

JULIAN. Otro es mi fin.

ROSA. Ya comprendo.

¿Y es rubia, morena?...

JULIAN. (Con vergüenza.) Bah!

Yo no pienso, por ahora
en esa formalidad.

—(Por si acaso.)

ROSA. (Disimula.)

JULIAN. Pues mi idea...

ROSA. Usted dirá.

JULIAN. Pasar en Madrid tres años
y en completa libertad
con mi más íntimo amigo.

ROSA. Quién?

JULIAN. Pues don Pedro.

- ROSA. ¿Quizá
el que es mi administrador?
- JULIAN. El mismo, señora.
- ROSA. ¿Y ya
se saludaron ustedes?
- JULIAN. Ahora mismo en el portal.
Nos queremos como hermanos,
y lo que es yo á Pedro, más...
- ROSA. Es bellissimo sujeto,
y así debe usted, Julian,
hacer todo lo posible
por no perder su amistad.
- JULIAN. Y el pobre, ¡qué desgraciado!
Perdió todo su caudal
en una empresa marítima.
- ROSA. Si cuando la suerte dà...
- JULIAN. Como marítima, claro,
se lo tragó todo el mar.
Despues á los veintisiete
que contaría de edad,
quiso el cielo que enviudára.
- ROSA. Su estrella ha sido fatal.
Le quedó un niño...
- JULIAN. Muy guapo!
una miniatura! más!
- ROSA. Justo; eso me ha dicho.
- JULIAN. Y todos
le dirán á usted igual.
- ROSA. Á estas horas será un jóven.
- JULIAN. Y si salió á su papá,
un ángel.
- ROSA. Tal vez.
- JULIAN. (Patudo
y con la piel del caiman.)
- ROSA. ¿Mas de quién sería, quién
la mano infame y audaz
que se le robó?
- JULIAN. (Qué dice?)
- ROSA. Algun pariente.
- JULIAN. Quizá.
- ROSA. Que se creyó que don Pedro
no le sabria educar.

- JULIAN. Seguramente. (Qué lío!)
Pero ya parecerá.
- ROSA. Si le busca y no le encuentra.
- JULIAN. Lo que es la fatalidad.
- ROSA. Pero también ese joven
ya podía averiguar,
quién es su padre y en dónde
le abrazaría.
- JULIAN. Ya, ya.
Será un infeliz.
- ROSA. Ó un pillo
sin alma ni ley.
- JULIAN. Quizás.
- ROSA. Ó algún presumido y tonto
de estos del día.
- JULIAN. Es verdad.
Ya me lo figuro. Un tipo
de una talla regular,
con un bigotito negro,
muy delgadito además,
con guantes color de lila.
- ROSA. Lo que él sin duda será.
- JULIAN. (Muchas gracias.)
- ROSA. Sí señor.
- JULIAN. Sin embargo, no hay que hablar
no sea que el mejor día,
por una casualidad
la mano de ese pimpollo
viniere á pedir...
- ROSA. Jamás;
porque feliz no la haría
quien no tuvo amor filial.
- JULIAN. Mas...
- ROSA. (Estrechando la mano á Julian.)
Ni aun de amigo la mano
le estrecharía, Julian.
- JULIAN. Mientras tendrá en mí don Pedro
otro hijo.
- ROSA. Sí.
- JULIAN. Á pesar
de que ya ha encontrado quien
mejor le consolará.

- ROSA. No comprendo.
- JULIAN. El muy bribon
dice que se va á casar.
- ROSA. De veras?
- JULIAN. De veras.
- ROSA. (Cielos!)
- JULIAN. (Sí; yo te caso, papá.)
- ROSA. Pero si me tiene dicho
que no volvería más...
- JULIAN. Lo habrá pensado de pronto.
Sí señora.
- ROSA. No, Julian.
¿Pero si se casa, cómo
podrá atender y mirar?...
- JULIAN. Usted descuide, señora,
que igual administraré.
- ROSA. ¿Y quién es ella, sepamos?
- JULIAN. Sentiría...
- ROSA. (Qué ansiedad!)
¿Es guapa, jóven, soltera?
Vamos... ¿diga usted, Julian?
- JULIAN. ¿Me permite usted ser franco?
- ROSA. Se lo suplico, que es más.
- JULIAN. Pues bien: mi querido amigo,
sin poderlo remediar
está enamorado, loco,
—y aunque de saber y edad—
nunca acierta ni se atreve
su pasión á declarar.
Y como no es comprendido
no aguarda de amor señal,
que el alma que no adivina
es que indiferente está.
Mas yo por él vengo ufano
á pedir, á suplicar,
que orgulloso mensajero
quisiera ser de su paz.
¡Una sola frase tierna,
una esperanza no más,
y al punto le habré llevado
la eterna felicidad!
- ROSA. (¡Qué escucho! ¿Será posible?

¡Ay de mí!

JULIAN.

Por Dios?...

ROSA.

(Dándole á estrechar la mano.) Julian!

JULIAN

Oh! gracias, gracias, señora! (Saluda.)

ROSA.

(Yéndose.) (Corazon, triunfaste ya.)

ESCENA IX.

JULIAN y D. PEDRO.

PEDRO.

Todavía aquí?

JULIAN.

Un abrazo?

PEDRO.

Luego ya la has visto?

JULIAN.

Sí.

PEDRO.

Y qué tal?

JULIAN.

Un ángel!

PEDRO.

Y...

¿dejaste tendido el lazo?

JULIAN.

En el que se ha de enredar
por más que sepa y batalle.

PEDRO.

Viste qué cara? qué talle?
y ¿qué modo de mirar?

JULIAN.

Sí señor: es hechicera,
jóven, bella, candorosa;
en fin, que será mi esposa
aunque usted ya no quisiera.

PEDRO.

Yo al ver cosa tan bonita,
—en mi cariñoso afán,—
dije: «para mi Julian.»

JULIAN.

¡Bendita idea! bendita!

PEDRO.

Pues si yo la hago el amor,
que me corresponde infiero;
pero me dije: «primero
es mi chico, sí señor.»

Aunque á mi alma taladre
dejo esa felicidad...

¡semejante heroicidad
solamente la hace un padre!

JULIAN.

Que de la ventura en pos
por accion tan meritoria
vaya usted, y que de gloria
se lo recompense Dios.

PEDRO. Gracias, hijo mio.

JULIAN. Sí.

(Que ya verás...)

PEDRO. (Pobre chico!)

JULIAN. Voy á ser feliz!

PEDRO. Y rico.

Y las dos cosas por mí.

—Si hasta aquí te avergonzaste,

si te vieron siempre triste,

porque un arte no seguiste

ni una carrera acabaste,

hoy ya alegre y sin apuros

muéstrate con arrogancia

dándote aquella importancia

que exigen treinta mil duros;

que todos te harán lugar;

tus amigos querrán ser;

¡ciego habrá que te ha de ver,

mudo que te llegue á hablar!

Y te dirán á porfía

que eres amable, elegante,

simpático tu semblante,

y que infundes alegría,

y que tu ingenio sutil

y tus frases muy discretas...

—¡Todo porque tus pesetas

son ciento cincuenta mil!

JULIAN. Tiene usted razon.

PEDRO. (Acariciándole.) Y bien...

¿Por haberte colocado,

cómo pagarme has pensado?

JULIAN. Colocando á usted tambien.

PEDRO. ¿Qué dices?

JULIAN. Pues fácil cosa.

y muy justa á par que buena.

PEDRO. Mas...

JULIAN. Que á quien dió una azucena

se le devuelva una rosa.

PEDRO. No entiendo.

JULIAN. El favor de usted

á corresponder incita;

me buscó *cosa bonita*,

- cosa buena* le busqué.
- PEDRO. Conque con igual favor?
- JULIAN. Natural que satisfaga,
que amor con amor se paga.
- PEDRO. Y tú me has buscado?...
- JULIAN. Amor.
Que siempre yo el bien practico,
que así es como Dios bendice;
en fin, que como quien dice,
ya estás casado, Perico.
- PEDRO. ¡Muchacho!
- JULIAN. Sí. ¿Y no te alegra?
- PEDRO. Nunca!
- JULIAN. Mas...
- PEDRO. (Furioso.) De ningun modo.
- JULIAN. Pues es raro, y sobre todo
cuando va á ser con mi suegra.
- PEDRO. ¡Calla, infame!
- JULIAN. Yo...
- PEDRO. (Le amenaza.) Bandido!
- JULIAN. (Estoy viendo que me estrella.)
- PEDRO. (Con picardía ó sin ella
¡me ha perdido! ¡me ha perdido!)
—Pero qué ideas tan raras
ingerirse en otra suerte...
¿Quién te manda á tí meterte
en camisa de once varas?
- JULIAN. Porque quise que los dos...
- PEDRO. ¿Y si tuviese yo ahora
prometido á otra señora?...
- JULIAN. Se la decía, «con Dios.»
Eso es fácil.
- PEDRO. Fácil, ¿eh?
(Apretándole el cuello.)
- JULIAN. ¡Que me va usted á arrugar!
- PEDRO. Si te voy á desollar
como á San Bartolomé.
- JULIAN. ¡Padre, por Dios!
- PEDRO. ¡Hijo ingrato!
—En fin, ya iremos á casa.
- JULIAN. (Si la tormenta no pasa
no iré yo.)

- PEDRO. Y allí te mato!
(Se pasean. Pausa.)
- JULIAN. Vaya, cuestion acabada;
si hice bien ó mal no sé;
mas ya lo arreglará usté,
que yo me voy á Granada.
- PEDRO. No sin casarte primero.
- JULIAN. Cuando á usté así le disgusta,
á mí, inocente, me asusta
y quiero morir soltero.
- PEDRO. ¿(Será pillo, santo Dios?)
- JULIAN. Mas si usted... (Acariciándole.)
- PEDRO. (Despues de pensarlo.) Veremos...
- JULIAN. (Ya.)
Se decidiera...
- PEDRO. Quizá.
- JULIAN. Quedaría entre los dos
cuanto hay de bueno en la casa.
—Ella me dijo que sí.
—Y que á usted le gusta...
- PEDRO. Á mí...
- JULIAN. Y que por su amor se abraza.
Padre, que en un mismo dia
nos caiga la bendicion.
- PEDRO. (Le da miedo á este bribon
ir solo á la Vicaría.)
- JULIAN. Mas silencio. que ella viene...
La niña...
- PEDRO. (Indicando irse.) Largo de aquí.
- JULIAN. No. Siéntese usted ahí
que su presencia conviene.
- PEDRO. Bien, bien.
(D. Pedro se sienta en una butaca, toma un libro
y lee mientras que Julian y Mariquita hablan.)

ESCENA X.

DICHOS y MARIQUITA.

- MARIQ. Julian...
- JULIAN. Mariquita...
- MARIQ. Que no estamos solos, calla.

JULIAN. Cierta; pero como es sordo...
MARIQ. ¿Quién, don Pedro? Tiene gracia.
JULIAN. Y que el mejor es aquel
que no quiere oír palabra.
MARIQ. Eso es otra cosa.
JULIAN. Luégo
somos uno mismo; vaya.
MARIQ. ¿Conque es tu amigo?
JULIAN. Mi padre!
¿Quieres ya más confianza?
MARIQ. ¿Qué dices?
JULIAN. Que soy su hijo,
y que vine de Granada
por su órden, porque desea
que me case con...
MARIQ. Acaba?...
JULIAN. Pues contigo, ¡vida mia!
—Si es que tu madre no manda
lo contrario.
MARIQ. No, mi madre
únicamente se afana
por darme gusto; de modo
que felices nuestras almas.
JULIAN. ¡Es verdad! (La besa la mano.)
PEDRO. (Los parvulitos
á su placer se despachan.
¡Hombre!... ¿Si tendré yo envidia?)
MARIQ. ¡Dios mio! Y yo que pensaba
que me habías olvidado...
JULIAN. Olvidarte yo? (Vuelve á besar la mano.)
PEDRO. (¡Caramba!)
MARIQ. Porque como sois los hombres...
JULIAN. Mas nunca los que bien aman
olvidan tan fácilmente
sus promesas y palabras.
(Todo lo demas lo dirá con intencion y cerca de
D. Pedro.)
¿Y quién con un ángel? ¿Quién
el matrimonio rechaza?
solamente un egoista
al que sentimientos faltan,
ó el necio que esclavitud

á tanta ventura llama.
No un sensible corazon
ni un hombre de fundamento.

PEDRO. (Pues señor, llegó el momento
de darle la gran leccion.)

(Levántase y deja el libro, é interponiéndose le
dice:)

Inspirado en ese amor
siempre, hijo mio, camina,
que así es como el hombre atina
con la ventura mayor.

Jamás los tiernos abrazos
que disipan nuestras penas
llamarse deben cadenas
sino amantísimos lazos:

y que no es esto verdad
te quiere probar alguno,
de semejante importuno
abandona la amistad.

(Doña Rosa aparece y queda escuchando sin ser
vista.)

Igualmente que á tu madre
no olvides lo que te digo,
mira que el mejor amigo
que puede haber es un padre.
El tuyo busca tu bien,
—y por Dios, que no te miente—
que prueba de que esto siente

que á imitarte va tambien,
partiendo veloz y ufano
por hallar venturas tantas
á suplicar á unas plantas
la posesion de una mano.

Aunque sospechó, ¡ay de mí!
si igual amor no sintió,
que tal vez diga que no...

ROSA. (Apareciendo y cariñosamente.)

Ó tal vez diga que sí.

ESCENA ÚLTIMA.

TODOS.

- Aunque en lugar de cariño
merece por sus engaños...
- PEDRO. Es que á pesar de los años
hay quien será siempre un niño.
En fin, para el que pecó
venga ya la penitencia.
- ROSA. (Dándole á besar la mano.)
Siempre ha alcanzado indulgencia
quien su falta confesó.
(Á D. Pedro señalando á Julian.)
El jóven ya ha parecido.
- PEDRO. Tenía que suceder,
que no se puede perder
pájaro que tiene nido.
- JULIAN. Señora...
- ROSA. (En tono de reconvencion.)
Muy bien, Julian...
Perfectamente, María...
- PEDRO. (Suplicándola.)
¡Por Dios, Rosa!...
- MARIQ. (Id.) Madre mia!...
- PEDRO. Que muy felices serán....
- ROSA. Bien...
- MARIQ. Ah! (Se abrazan las dos.)
- JULIAN. (Á D. Pedro.) Nos perdonó!
- PEDRO. Sí.
- ROSA. Yo siempre con mil amores.
—Ahora faltan los señores...
- PEDRO. (Á Rosa indicándole que suplique.)
Pues eso te toca á tí.
- ROSA. (Al público.)
Si aprobais el casamiento
y perdonais la humorada,
dad para nuestro contento
al punto el consentimiento
por medio de una palmada.

FIN DE LA COMEDIA.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas,
y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO
DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.